

**MITOLOGÍA ÍNTIMA
Y TRAGICOMEDIA EN:
LA GIGANTA,
DE PATRICIA
LAURENT KULLICK**

DURMIENDO AL MUNDO / COLOR Y TINTA SOBRE PAPEL / 2015 / DUOTONO



◆ HUGO VALDÉS

En *La Giganta*, la tercera novela de Patricia Laurent Kullick, la narradora —y sexta de diez hijos— recrea y examina a la madre como si la confrontara su propia conciencia: “yo nací —dice— para mirarte siempre, para vigilar tu sueño, acompañarte y cuidarte en la cantina de los soldados”. Sin embargo, este recurso sobre el que se estructura el texto es al cabo una amorosa interpelación que se desliza del dolor no asumido hasta el júbilo de vivir, así sea en las condiciones menos propicias: tal narradora retrata el hogar de aquellos días como si cada uno de sus integrantes —o al menos los hijos mayores— cumpliera complicadas misiones especiales a lo largo de la jornada. Especie de hilo umbilical, puente de plata entre el ser que permanece dormido y aquel que remonta los límites del espacio doméstico, su ejercicio se detalla así: “te explico a través de una sonda delgadísima que me provoca una vibración dolorosa por todo el sistema linfático”.

Memorial zumbón que hace las veces de paliativo contra la miseria y el caos cotidiano en que sobrevive una familia que, con las distancias del caso, recuerda a la de *The Royal Tenenbaums*, la película de Wes Anderson, el recuento se torna una piadosa exégesis del clan engendrado por la Giganta y el ingeniero francés Etienne, un padre extraño a su propio linaje que se antoja sólo un visitante más de la casa. Entre larga misiva y relación de hechos, más que de cargos y reclamos (sin asomo de amargura, la voz le pide extemporáneamente al abuelo exhibicionista que evite enseñarles su “cosa” o hacerles “mañas” a fin de que no se retrase el proceso de maduración, con el consiguiente “bajísimo coeficiente emocional” que les traería la experiencia), *La Giganta* se tiene también como un esfuerzo entre creativo y curativo —se deshilvana desde el “mar catártico” donde la narradora dice encontrarse— sobre el que se asienta la mitología íntima de un grupo cuya disfuncionalidad deviene tragicomedia.

Así, presenciamos la preparación comedida de una desgracia que a final de cuentas no fragua: las tentativas de suicidio colectivo que la Giganta emprende para escapar definitivamente de la precariedad, tanto material como existencial, recalcan en opciones festivas o equivalen a ese ansiado gran viaje que las familias normales planean para las vacaciones. No cabe siquiera el drama en proponer que si no mueren devorados por los tiburones en Mazatlán durante un paseo improbable a esa playa, lo hagan dinamitados de regreso en la camioneta que tampoco poseen. Caben, sí, el franco absurdo por el prurito de cuidar las formas, como el plan de untar de DDT a todos antes de darles una dosis de arsénico para no morir llenos de piojos; y aun el episodio farsico, a un paso de la carcajada —uno de sus hijos la encuentra “mirando incrédula la llama de la tubería de gas”, convertida en un soplete que no evoluciona en la llamarada y explosión final—, trágico sólo por su ineficacia y el aura de impotencia que reserva para una Giganta a la que derrota esa vida que se niega a abandonarla.

Etienne en cambio sí conseguirá dejarla, por petición expresa de la mujer, convencida al fin de que nada tiene que hacer junto a ella aquel hombre “prestado” literalmente por la familia original que dejó en Europa, y para el que México es sólo un estado mental que lo ha atado a una parentela espuria. Siempre lejano y ajeno —por un tiempo se emplea en Oaxaca construyendo carreteras—, inasible aun cuando permanece en casa, ocupado en emborracharse para dialogar en ausencia con sus vástagos franceses o en observar el cielo a fin de descubrir constelaciones, sus hijos mexicanos se asumen como un error mestizo, dislates genéticos o meros accidentes a resultas de un experimento amatorio que empezó diecisiete años atrás, cuando sus padres se conocieron.

Su desarraigo, pues, se funda en esa fusión imposible o tan difícil de congeniar en el seno del ADN —coctel violentado, alebrestado, lodo convulso que

aún no se asienta—, concepto al que Patricia Laurent acude con fortuna igual que al de los borradores humanos. Subrayo esta cualidad provisional que distingue a la progenie de Etienne y la Giganta por la forma en que se reitera tanto el término —“los borradores humanos no duermen, sino vigilan porque siempre están al borde de ser borrados de la faz de la Tierra”—, como la noción de ese limbo ontológico en el que para bien o para mal medran:

No estamos autorizados a existir, no tenemos la bendición divina, no pertenecemos a esta dimensión. Somos parte de una ilusión, de una prestidigitación. Etienne sueña con el regreso a Francia. La Giganta no sabe ni por donde le llegó esta hilera de hijos y pijoos: ella es una gran bióloga experta en venenos. Alberto se fusiona en un movimiento político. Felipe se vuelve niña. Efraín, el acróbata supremo de la felicidad, caerá en el abismo de la ausencia, en el mito de todos los fugitivos.

Bocetados apenas, así sea para participar en un ensayo de dimensión cósmica, los diez espíritus viajeros fraccionados viven cada cual su suerte y muerte — Alberto, el mayor, desaparece en calidad de prosélito de la Liga 23 de Septiembre; Efraín, el segundo hijo y héroe arquetípico de la casa, renuncia a ella cuando pelea con su padre tras de que este intercambia a Felipe por un reloj de oro y latas de ultramarinos, etcétera—, bajo la férula de ese humor que no escapa de la mirada de su autora ni aun —o, por el contrario, sobre todo— en los momentos convencionalmente signados para generar cualquier otra clase de emoción. Pongo de ejemplo la muerte de Alberto que, si bien es inobjetable, la viene a confirmar desde el más allá, por obra de una sesión mediúmnica, el espíritu de Abraham Lincoln; o la calistenia pavloviana a la que es sometida la bebé Valeria por la narradora a fin de ganarse unos pesos, ante un auditorio atónito por una escena que pareciera ideada para el programa de *Los Simpson*.

Por momentos paganos que se encomiendan a otros dioses, los que sean, con tal de ser socorridos del infortunio al cual los condena la incuria paterna y las inútiles jornadas de trabajo de la Giganta —volvía a casa “borracha, semidesnuda y hasta golpeada”,

A LO LARGO DE ESTA VERTIGINOSA SUCESIÓN DE HECHOS QUE DAN CUENTA DE LA GIGANTA Y SU PROLE, LA PROSA SE VUELVE ADEMÁS UN SURTIDOR DE EPIFANÍAS: “LAS GIGANTAS NO NECESITAN PROFESIÓN, LA TIENEN DE NACIMIENTO: PERDONAN FÁCILMENTE Y APARTE SONRIÉN”.

perdiendo incluso el bolso y los productos que debía haber vendido—, los hermanos de la narradora, al igual que ella y sus padres, son presentados con maestría socarrona, calculada, dosificadamente, en un texto que va marcando su derrotero por medio de prospecciones que anuncian los pasajes torales —la huida de varios de los hermanos para trabajar en la televisión y conseguir dinero, el incendio provocado para acabar con todo, por ejemplo—, cebados hábilmente para el lector con digresiones a manera de estampas que potencian subrepticamente el interés en la próxima escena clave.

A lo largo de esta vertiginosa sucesión de hechos que dan cuenta de la Giganta y su prole, la prosa se vuelve además un surtidor de epifanías: “las gigantas no necesitan profesión, la tienen de nacimiento: perdonan fácilmente y aparte sonríen”; “La vida es hermosa para los suicidas. Hay una dosis de cinismo saberse prerreventado”; “Los occidentales nos miramos y sonreímos porque no sabemos hacer otra cosa en la oscuridad”; “la melancolía es un órgano que no puede ser extirpado en Jerusalén”, entre otras; constatando con esta calidad escritural, además de su habilidad narrativa ya comentada, la madurez y el talento de una de nuestras primeras escritoras.

Enhorabuena a Paty Laurent por esta tercera, breve y no menos poderosa novela. ●